

socialismo y participación

Ricardo Lagos / CHILE: LOS GRANDES TEMAS Y TAREAS DE LA RECONSTRUCCION

RICARDO LAGOS, Economista de profesión y dirigente del Partido de Socialista Chileno, desarrolló la presidencia de la Cámara Democrática. En un teatro de Santiago sostuvo una reunión con periodistas, en ésta planteó la vía, a su entender, con las mejores posibilidades para avanzar en la reconstrucción democrática de Chile.

Para quienes desde la distancia hacen por vez y otra la encuesta espiritual respecto al clima del pueblo chileno, una parece una posibilidad enorme y realista sea, de ignorar el pasado y sólo mirar hacia adelante. El error de olvidar a su Patria por nuevas perlas de

Ricardo Lagos / CHILE: LOS GRANDES TEMAS Y TAREAS DE LA RECONSTRUCCION

INTRODUCCION

Cuando un grupo de amigos me invitó a intervenir a iniciar un diálogo sobre Chile, planteé sobre la reconstrucción de Chile, pasado por donde fuere, ¿cómo tomar un año repletos con perlas, repletos con perlas, pero con un tiempo perdido? Me parecía difícil en el terreno capcioso, con un cierto grado de incertidumbre, con evitando demasiado en algunos propios proyectos y en algunas propias ideas, de contrastarlas con otras que vienen distintos países que tienen posiciones similares.

Quiero pronunciarme en el socialismo el cual ha sido parte del progreso y desarrollo social en Chile durante todo el siglo. El destino la dictadura, está por delante de nosotros, evolucionando, para ser capaces analizar el pasado y extraer las lecciones necesarias para superar el futuro, así es que nos equivoquemos y por que estemos en la oscuridad del autoritarismo. En este momento, necesitamos contar con los mejores tra-

do de la historia contemporánea de Chile y como dichos temas se relacionan a las nuevas realidades que surgen con la dictadura. Pensar sólo de cierta manera, en los aspectos políticos y social para lograr poner la dictadura y profundizando esta situación el socialismo, es tanto sólo a través de un sistema socialista puede darse una democracia real y profunda. El socialismo como idea ha sufrido los embates propios de un autoritarismo que, cuando ha querido descultivarlo a la luz de una democracia que no se está. Sin embargo, el verdadero socialismo no es dogmático, está alerta a la búsqueda de mejores caminos, nuevas maneras de interpretar la realidad, más cercana al Chile que es el resultado de una experiencia democrática. En esta búsqueda, muchas veces parece haber una gran dispersión, en tanto más búsqueda implica, necesariamente, abordar muchos caminos, algunos de los cuales después deben descartarse. Algunos creen que esa dispersión es la consecuencia directa del socialismo y se equivocan.

Ricardo Lagos / CHILE: LOS GRANDES TEMAS Y TAREAS DE LA RECONSTRUCCION

RICARDO LAGOS, Economista de profesión y dirigente del Partido Socialista Chileno, desempeñó la presidencia de la Alianza Democrática. En un teatro de Santiago sostuvo una reunión con profesionales y en ésta planteó lo que, a su entender, son los grandes temas y tareas que demandará la reconstrucción democrática de Chile.

Para quienes desde la distancia física pero con la cercanía espiritual seguimos el drama del pueblo chileno, nos parece una posición madura y realista que, sin ignorar el pasado y más bien aprendiendo de él, trata de enrumbar a su Patria por nuevos cursos democráticos y socialistas.

Ofrecemos una versión de la exposición de Lagos, revisada y corregida por su autor.

CONSEJO EDITORIAL

INTRODUCCION

CUANDO un grupo de amigos me invitó a conversar, a iniciar un diálogo entre chilenos sobre la reconstrucción de Chile, pensé: ¿de dónde partir?, ¿dónde tomar un hilo conductor que permita reanudar una práctica hace tanto tiempo perdida? Me pareció útil ver si éramos capaces, con un cierto grado de humildad, aun creyendo firmemente en nuestros propios proyectos y en nuestras propias ideas, de contrastarlas con otros que piensan distinto, pero que tienen propósitos similares.

Nuestro pensamiento es el socialismo, el cual ha sido parte del progreso y desarrollo social en Chile durante todo el siglo XX. Durante la dictadura, este pensamiento ha continuado evolucionando, pues era necesario analizar el pasado y extraer las lecciones necesarias para enfrentar el futuro; ver en qué nos equivocamos y por qué caímos en la oscuridad del autoritarismo. Ha sido necesario distinguir cuáles son los grandes trazos del pensamiento socialista a lo lar-

go de la historia contemporánea de Chile y cómo dichos trazos gruesos se adecúan a las nuevas realidades que emergen con la dictadura. Pensar cómo debería encararse la lucha política y social para lograr primero la democracia y profundizando ésta alcanzar el socialismo, en tanto sólo a través de un sistema socialista puede darse una democracia real y profunda. El socialismo como idea ha sufrido los embates propios de un autoritarismo reaccionario que ha querido descalificarlo a la luz de una caricatura que no es real. Sin embargo, el verdadero socialismo no es dogmático, está alerta a la búsqueda de nuevos enfoques, nuevas maneras de interpretar la realidad, más cercanas al Chile que está emergiendo de esta experiencia dictatorial. En esta búsqueda, muchas veces parece haber una gran dispersión, en tanto toda búsqueda implica, necesariamente, abordar muchos caminos, algunos de los cuales después deben desecharse. Algunos creyeron que esa dispersión era la bancarrota de la idea del socialismo y se equivocaron.

Hoy vemos que dicho pensamiento socialista ha salido fortalecido de la experiencia. Podemos recoger los frutos de una década de reflexiones, tanto de los intelectuales como de los militantes y ver que, a pesar que algunos caminos resultaron errados y no llevaban a parte alguna —o que apuntaban hacia puertos que no eran los del verdadero socialismo—, se ha sido capaz de enriquecer la fuerza del pensamiento socialista en Chile. De ahí que muchos han hablado de una renovación del socialismo en tanto éste es fiel a sí mismo, pero al mismo tiempo es capaz de interpretar los problemas actuales del país. En su larga experiencia política, el Partido Socialista ha valorado al marxismo como un método de análisis de la realidad social que permite distinguir mejor algunos problemas centrales del sistema social y del comportamiento de los diversos actores y clases sociales. Así, en el programa de 1947 redactado por Eugenio González, se dice: “El marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica”, habiéndose dicho con anterioridad que “el socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo interpersonal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo a la vez condicionado por ellas en el proceso de la existencia”, y luego se dice que “no hay instituciones definitivas...”

Por ello, junto a la riqueza del enfoque teórico, han surgido en estos años los “socialismos reales” que florecen a orillas del Mediterráneo en Europa. Las experiencias de España, Portugal, Francia, Italia, Grecia, indudablemente influyen en la forma de entender y de construir regímenes que apuntan al socialismo. Es evidente que la realidad social de Chile no tiene nada que ver con la de aquellos países de Europa; lo que allá se realiza, acá probablemente significaría tan sólo mantener un *statu quo*. Lo que sí

es importante, es la idea de un proyecto socialista que aspira a conquistar la mayoría nacional para luego poder volcarse a la construcción del socialismo. Lo que los socialismos mediterráneos han aportado entonces, es la necesidad y viabilidad que el socialismo sea el pensamiento de la mayoría de una sociedad. Lograr aquello —me parece— es un elemento central del socialismo chileno.

Junto con dichas experiencias, el socialismo ha asimilado adecuadamente lo que ha ocurrido en estos diez años en Chile, en el campo de la política, del Estado y de la democracia. Hemos aprendido que los partidos políticos no lo son todo, en tanto han surgido determinados movimientos de jóvenes, mujeres y en el campo sindical, que hoy tienen un grado de autonomía mayor que la que tuvieron en el pasado. Esto nos enseña que existen campos o ámbitos de la vida en sociedad respecto de los cuales es positivo mantener grados de autonomía, como un elemento democratizador en la sociedad. Si ello es así, quiere decir entonces que nos estamos planteando para el futuro aumentar los grados de participación en los ámbitos del movimiento social, profundizando así una determinada concepción del socialismo en tanto lo estamos definiendo como un sistema que garantiza la participación de todos en el manejo de la sociedad y mayores grados de autonomía en los cuerpos intermedios que la forman.

De igual modo, con respecto a la economía, estamos replanteando la vieja dicotomía entre planificación centralizada y planificación descentralizada y lo relativo a los medios de producción y propiedad. Estamos diciendo que socialismo no es igual a que todos los medios de producción sean propiedad del Estado y que a su vez el Estado sea sinónimo de gobierno y gobierno sea sinónimo de partido. No estamos planteando esa caricatura. Ella es rechazada por los socialistas hoy, y tenemos que rechazarla con fuerza porque esa ha sido la caricatura que el autoritarismo quiere

plantearle a Chile. Lo que estamos diciendo, es que las bases materiales de un país deben estar al servicio de toda una sociedad para que la democracia tenga un sentido real. Por tanto, el que la propiedad deba estar al servicio de los chilenos, significará en muchos casos que el "dueño" podrá ser el Estado, pero éste representado no sólo por la autoridad central del gobierno, sino también por los municipios o por entes regionales descentralizados o por un conjunto de trabajadores y/o pequeños empresarios en una determinada área de la actividad. Esto apunta a lograr una mayor igualdad en lo económico, porque sin ello, la democracia y la libertad en lo político, no pasan de ser sino una declaración ritual. Este elemento es muy viejo, pero permanentemente tiende a olvidarse cuando se pretende inventar una incompatibilidad entre socialismo y democracia. En nuestra visión, más democracia implica más igualdad, mejorar las bases materiales de la sociedad y, en consecuencia, acercarnos a un sistema socialista.

La dictadura ha dejado de manifiesto, también, la capacidad antidemocrática, o mejor la vocación antidemocrática de los grupos dominantes y su falta de sentido nacional. Nunca en la historia de Chile hemos tenido tal asfixia de las libertades más elementales y nunca en la historia de Chile se ha implementado una política que ha terminado haciendo de cada chileno el habitante de América Latina con la deuda externa per cápita más alta de la región. Esta política no es nueva, y los socialistas pensamos siempre así de los grupos dominantes de Chile. Hoy, esto ha quedado desnudo a la faz del país; por ello que es más indispensable recuperar los valores centrales del socialismo, por cuanto en nuestro concepto, su vocación nacional democrática y popular es la garantía de que el tratamiento que se haga de los problemas nacionales será adecuado.

Lo que sigue, es un esfuerzo para ver los caminos de Chile a la luz de la óptica socialista que se ha descrito. Es un intento muy global y tal vez —por lo mis-

mo— demasiado superficial. Sin embargo, no nos parece posible abordar el tema sin una concepción general. Sólo a partir de ella podemos ir tratando de profundizar las visiones respecto de cada una de dichas áreas.

NUESTRO PUNTO DE PARTIDA ES UN CHILE DESTRUIDO

Partimos de un Chile, para iniciar la conversación, que está destruido. Luego de diez años, no tenemos institucionalidad. La institucionalidad fue destrozada el primer día, simbolizada por la destrucción de los registros electorales, por la violación de la Constitución y de aquello que nunca antes consideramos importante porque nos era dado como el aire: el respeto a los derechos del hombre. En diez años se destruyó lo que como país habíamos construido.

Cuando digo que se comenzó por destruir la institucionalidad, alguien podrá responder que luego de siete años emergió otra. Sin embargo, todos sabemos que la institucionalidad que hoy nos rige, no va a durar más allá que las bayonetas que la sustentan.

En consecuencia, cuando decimos que la institucionalidad nuestra, la chilena, la de 170 años, fue destruida, y queremos iniciar un proceso de reconstrucción, tenemos que pensar cómo lograr un marco en el cual debatir ideas, cómo reconstruir esa institucionalidad.

En estos diez años —que alguien ha llamado inútiles— también se destruyó la economía, y, sin embargo, se suponía que ésta daba legitimidad a la tortura, a la muerte y a la cárcel: "Hay orden, en Chile progresamos; tenemos libertad para elegir entre un televisor, el whisky y otra baratija de 'Taiwán'". Esta economía, que parecía legitimar el sistema, también se destruyó.

Hoy tenemos la producción de Chile de 1970; tenemos un ingreso por habitante equivalente al de 20 años atrás; no tenemos el parque industrial que tuvimos; no tenemos agricultura, sino un conjunto de agricultores quebrados a lo largo de Chile; es posible que no tengamos

siquiera la riqueza básica, porque una ley, dictada entre cuatro paredes, está lista para entregarla al mejor postor.

Además de esta institucionalidad violentada, de esta economía arrasada, se ha generado un *abismo profundo entre dos Chiles*; entre el Chile de los ricos y poderosos, ese Chile del gerente que gana 300 ó 400 PEM al mes y el Chile de la gran mayoría. ¿Cómo es posible haber llegado a tener una sociedad en que de dos seres humanos de esta tierra, uno tenga un ingreso 400 veces superior a otro? ¿Qué lo justifica?

Y junto con tener dos Chiles, el tejido social que los chilenos fuimos construyendo a lo largo de 170 años, se ha ido atomizando, se ha ido disgregando. El concepto de solidaridad fue reemplazado por la ley de mercado y la ley del más fuerte; y de la solidaridad pasamos a un individualismo exacerbado. Y se quiso hacer de aquello la carne y el motor de la sociedad chilena. Pero claro, no coincidía con el carácter nuestro y sólo ha logrado que ahora tengamos ese enorme abismo.

Por esto, las posibilidades de reconstruir al país, tienen que partir de preguntarnos qué hacemos con estos dos Chiles; qué hacemos con el Chile que justificó el exilio, ese Chile que calló ante la tortura, que en el fondo, por acción o por omisión, fue cómplice de estos diez años. Es un tema central que tenemos que ser capaces de abordar al margen de nuestras diferencias, porque tampoco queremos construir un país, luego de una guerra civil, en que estos dos Chiles se enfrentan y uno destruye al otro. Nadie puede pretender reconstruir este país si no existe una mínima posibilidad de juntar, en alguna medida, esos dos Chiles, pero juntarlos con justicia, sin venganza.

Si no se restablecen canales de comunicación, es imposible que podamos reconstruir. Porque en estos diez años han desaparecido los canales de comunicación de la sociedad chilena, y la violación de los derechos humanos ha sido la respuesta de la bayoneta ante

el deseo de algunos de expresar su inquietud, de querer comunicar su desesperanza ante la situación, de querer protestar.

Ante este Chile oficial, entonces, que no tiene institucionalidad; con su economía destruida, con un abismo profundo entre clases sociales antagónicas y con percepciones tan distintas sobre los derechos del ser humano, la tendencia natural es la ira; la tendencia natural es desarrollar un discurso que quisiera arrasar con lo acaecido.

Y hablo de la ira porque en estos días la he visto en los ojos de muchos chilenos y comprendo esa ira. Cualquiera que se acerque a una población ve el hambre, ve la ñesantía, y ¿qué respuesta tiene uno ante esa hambre, ese atropello permanente del ser humano?

Uno puede comprender la ira, pero junto con comprenderla tiene que encauzarla. Hay que entender que la reconstrucción de Chile hay que hacerla sobre la base de planteamientos racionales y no de la ira. Por muy comprensible que ésta sea, no puede conducirnos a reconstruir la sociedad que todos queremos, no puede llevarnos a un Chile real.

Esta reconstrucción de Chile tiene que ser obra de todos. Para ello, hay que plantearse cuáles son los grandes temas de la reconstrucción de este Chile destruido, aniquilado, sin canales de expresión. Pero ¿cómo encontrarnos para debatir y reconstruir la sociedad?

Yo diría, en primer lugar, aprendamos algo del pasado. Abordemos los grandes temas con un grado de humildad. Cada uno cree en sus propias convicciones; yo creo en el socialismo, y me inclino por debatir los grandes temas de Chile desde mi óptica, pero con un cierto grado de humildad, sabiendo que mi verdad tiene que ser enfrentada y contrastada con otras verdades. Y ése debiera ser el gran hilo conductor de este diálogo que queremos iniciar.

En síntesis, iniciamos un camino difícil porque lo hacemos a partir de una destrucción que Chile no tiene recuerdo

en su historia; porque no estamos acostumbrados a hablar entre nosotros mismos, porque vamos a tener que enfrentar a aquéllos a quienes no reconocemos una jerarquía democrática para participar en el debate. Porque el debate tiene que ser entre aquellos que estamos de acuerdo en un conjunto de principios esenciales que permitan dirimir civilizadamente nuestros conflictos y no puede hacerse con aquellos que callaron durante estos diez años ante tanta miseria humana.

Frente a ello creo que es legítimo decir: "Vamos a tender puentes", pero también queremos tener justicia. No vamos a ser capaces de enfrentar y cicatrizar las heridas de estos diez años si no se hace con justicia. Porque una cosa es estar dispuesto a reanudar el camino de todos los chilenos, y otra cosa es decir que aquellos que con su actitud no supieron estar a la altura de Chile, tendrán que tener un castigo; justo y no de venganza.

Pero no podemos olvidarlo. Si lo hiciéramos, nuestros hijos y nuestros nietos pensarán que no estuvimos a la altura del momento que hoy vivimos.

A QUIENES CORRESPONDE LA TAREA DE LA RECONSTRUCCION

En esta reconstrucción por todos los que creen en los principios centrales de esta patria nuestra, yo quisiera referirme especialmente a cuatro sectores que me parecen esenciales en la reconstrucción.

En primer lugar, la reconstrucción es tarea de los jóvenes. Ellos, hoy en Chile, significan una generación que no tuvo contacto vivencial con la historia democrática de nuestra patria. Sin idealizar, yo diría que Chile fue capaz de progresar de forma que cada generación joven que se incorporaba a Chile, lo hacía enraizada en lo que dejaba la generación anterior.

Si hoy hubiera elecciones en Chile, un 38 por ciento serían votantes por primera vez. Casi un 40 por ciento no sabe lo que es depositar un voto, pero más

importante, no sabe lo que es un debate político abierto. En consecuencia, esos jóvenes que son esenciales para iniciar la reconstrucción, se criaron y se nutrieron en la dictadura y el autoritarismo. No tienen una práctica democrática, salvo la que ellos han sido capaces de construir en sus propias organizaciones, y que han dado testimonio de valentía, como lo hemos constatado en estos tiempos.

Y en las poblaciones esos jóvenes que son la mayoría, están cesantes, esos jóvenes no tienen una sociedad que les pueda ofrecer un destino mejor. Yo me pregunto, ¿cómo podríamos iniciar la reconstrucción del país sin ellos?

—Porque no es una frase retórica decir que los jóvenes tienen que participar en la reconstrucción, no es sólo una parte de un discurso político tradicional de Chile—. ¿Cómo los incorporamos a un proceso para reconstruir un Chile que va a tener raíces en el pasado pero simultáneamente un Chile que ellos quieren proyectar al futuro, desde una sociedad que les ha cerrado sistemáticamente todas las puertas? Yo creo que este es un gran debate. Es preciso establecer canales de comunicación para incorporar a los jóvenes a él.

Junto con esos jóvenes, y además del símbolo de la juventud, habría que traer acá el símbolo de la mujer. Porque en estos diez años, amén de las cosas que han ocurrido aquí, han ocurrido cosas afuera, y me parece que si ha emergido un elemento importante de comprender, es esta toma de conciencia en cuanto a lo que significa la situación de la mujer, en cuanto a la marginación que ha tenido en general del sistema político chileno. La discriminación que ha tenido en el trabajo; la discriminación legal y educacional.

En consecuencia, si estamos queriendo iniciar un proceso de reconstrucción de la sociedad, yo me pregunto ¿por qué no iniciarlo simultáneamente con un proceso de incorporación de este sector que en el pasado ha ocupado un segundo rango? Si estamos de

acuerdo con este diagnóstico cuando hablamos del rol de la mujer, su incorporación al proceso de reconstrucción debe ser el reconocimiento de una realidad que queremos tomar desde el inicio.

Junto a los jóvenes y a la mujer, hay un tercer sector que me parece fundamental y que son los sectores populares. En el Chile del pasado los sectores populares eran participes de cualquier debate público. Pero en estos diez años, si ha existido un elemento sistemático, éste ha sido la exclusión de estos sectores, la destrucción de sus canales normales de integración a la sociedad; éste ha sido el plan laboral del señor Piñera, cuyo propósito central era atomizar el movimiento sindical, establecer el paralelismo y romper el avance de 50 ó 60 años de historia social de Chile; ha sido la disgregación como resultado de los nuevos esquemas y modelos económicos enfrentados.

También es cierto que han surgido elementos nuevos, es cierto que ha surgido en estos diez años una fuente de solidaridad popular que debe ser la base de su participación en la nueva sociedad. Pero ya no es cuestión de decir como en el pasado: "Incorporamos a los dirigentes sindicales y tenemos garantizada la participación de los sectores populares en la construcción de la sociedad". El tema es mucho más complejo y yo creo que si esos sectores no tienen una presencia real después de lo que les ha acaecido en estos diez años, si están ausentes de la reconstrucción, lo que construyamos no va a tener la fuerza necesaria, porque ese sector es central en la sociedad chilena.

Esto nos obligará a crear canales que hoy no visualizamos con claridad. ¿Cómo establecer su incorporación cuando tenemos un 35% de cesantes, incluidos el PEM y el POJH? ¿Cómo establecer su participación si tenemos un 20 ó 25% de la fuerza de trabajo que son simplemente vendedores ambulantes o cuidadores de autos? ¿Cómo pueden participar esos sectores populares en un proceso de reconstrucción más allá de la

retórica? Yo creo que éste es un tema central en el debate.

También es importante, y en el mismo sentido, el tema de los profesionales. Nadie puede dudar de la potencia creativa de ese sector, nadie puede dudar de lo que este sector significó en la construcción del Chile del siglo XX. ¿Cómo se incorpora a los profesionales, luego de esta óptica liberal y se transita con ellos hacia la responsabilidad social que les cabe en cuanto tales? Hace diez, quince o veinte años atrás, esto era un lugar común. Hoy, en cambio, no es fácil porque durante 10 años el discurso ha apuntado en una sola dirección. Por eso, cuando decimos: ¿Cómo incorporarlos? estamos planteando en qué medida pueden insertarse en este proceso de reconstrucción.

LOS GRANDES TEMAS DE LA RECONSTRUCCION

Ya hemos visto este primer elemento que son los actores sociales que en mi concepto tienen que tener una participación central en la reconstrucción.

Pero, ¿cómo vamos a reconstruir? Vamos a reconstruir en democracia. ¿Qué vamos a reconstruir? Vamos a reconstruir las bases materiales para que la democracia pueda funcionar. Y la vamos a reconstruir pensando en el largo plazo, de manera de abarcar el desarrollo de la creatividad científica, cultural y artística, porque sin creatividad, las bases materiales que tengamos van a tender a agotarse, y sin esas bases materiales, el sistema democrático que construyamos se va a extinguir.

Quiero, entonces, referirme a los que a mi juicio son los grandes temas de debate y cuáles son los nudos en los cuales debiéramos centrar cualquier conversación: el tema de la democracia, el de la economía y el de la creatividad.

Yo quisiera aquí plantear tres hechos centrales, solamente, sobre el tema de la democracia.

En primer lugar, en estos diez años se ha revalorizado el sistema democrático como respuesta a la experiencia dictato-

rial, y esta revalorización que hoy todos compartimos ha desarrollado una suerte de pensamiento común, pero también un deseo de enfrentar críticamente el pasado, ya que si bien teníamos un sistema democrático, lo perdimos por errores de todos. En otras palabras, caímos en la dictadura porque hubo inmadurez política, porque existieron deficiencias históricas de muchos sectores y porque hubo un naufragio de nuestra clase dirigente.

Creo que si queremos reconstruir y revalorizar el sistema democrático, tenemos que ser serios en el análisis de las causas de nuestro naufragio. Y la responsabilidad es de todos los que participamos en él y nadie puede excluirse.

Es cierto que hubo muchos elementos externos, que hubo influencias foráneas. También que muchos se negaron a aceptar determinados cambios. Sí, es cierto. Pero también es cierto que tal vez hubo el deseo de otros de realizar cambios sin haber logrado el respaldo social adecuado para llevarlo a cabo.

Yo creo que tenemos que entender la raíz que dio origen a la dictadura, más allá de la retórica fácil. Porque revalorizar la democracia significa, también, examinar el propio sistema para entender por qué naufragamos.

En segundo lugar, hemos entendido que existe una democracia formal y existe lo que nosotros creemos es una democracia participativa.

Muchos dirán: es preferible lo primero si no tenemos lo segundo. Pero me parece a mí que si no somos capaces de avanzar rápidamente para terminar con las graves diferencias entre gobernantes y gobernados; de entender que el sistema democrático no se agota con el voto sino que requiere de la participación constante de cada uno de nosotros, difícilmente vamos a poder reconstruir un sistema lo suficientemente sólido. No podemos creer que nuestra responsabilidad individual se ejerce sólo cada seis años.

La responsabilidad personal tiene que ser el principio y fundamento central de

un sistema democrático. Responsabilidad personal, tanto de aquel que quiere ejercer sus derechos, como la del que ejerce la autoridad en nombre del pueblo. Si algo hemos aprendido de la dictadura es que la responsabilidad del gobernante tiene que ser compartida permanentemente con los gobernados.

El tema, entonces, es que la democracia no es solamente una técnica para administrar el poder. La democracia tiene que ser también algo mucho más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos. En ese sentido, cuando decimos: soberanía y responsabilidad directa del pueblo, estamos también diciendo: democracia en los lugares de trabajo, democracia en cada sector de la sociedad donde exista un grupo de hombres y mujeres que trabajan mancomunadamente, y no sólo como un ejercicio de control sobre un poder político que se encuentra allá lejano, en un Congreso, en un Palacio de La Moneda en un Poder Judicial.

Una democracia como la que queremos implica, entonces, la necesidad de vastas reformas sociales y modificaciones en la estructura económica. De lo contrario, sería una democracia vacía, construida sobre la base de un sector social que lo tiene todo luego de diez años de dictadura y gracias a la dictadura, y otro sector social que prácticamente lo ha perdido todo.

La reconstrucción se hará a partir del Chile de hoy. Y en el Chile de hoy existen diferencias entre unos y otros que es menester enfrentar, sin que esto implique demagogia.

El sistema democrático que tuvimos hace diez años era el producto de una evolución no sólo política, sino económica y social de Chile, y si vamos a reconstruir, no podemos olvidarla y partir de la sociedad chilena del grupo de los Cruzat, de los Vial y de los Edwards. La reconstrucción democrática tiene que iniciarse conjuntamente con una modificación radical de la estructura económica que estamos recibiendo. De lo contrario, la estructura democrática en lo

formal, sólo reflejaría las diferencias sociales que se han generado al amparo de la dictadura.

Nuestro proyecto como socialista, que obviamente no tiene por qué coincidir totalmente con el de otras fuerzas, debe garantizar a los sectores populares los derechos para que, desde su propia perspectiva, sean capaces de realizar lo que son sus demandas sociales en el proceso de reconstrucción democrática. *Esto no es decir nada nuevo. Es intentar restablecer los equilibrios perdidos en la búsqueda de un sistema democrático para todo Chile.*

Hay un tercer elemento que es esencial en el proceso de la democracia y se refiere a los derechos humanos. Los derechos humanos, yo diría, como fundamento ético de la política.

La reacción de la comunidad chilena ante la violación sistemática de estos derechos, muestra que éstos se han revalorizado. La demanda por derechos humanos es hoy una reivindicación de todos los chilenos frente a la represión y frente al terror del Estado.

Esta demanda tiene que pasar al plano político, sin perder su carácter ético y debe transformarse también en una demanda hacia todos los que participamos en la política, de tal forma que tengamos un compromiso real y profundo con ellos.

Pero definir los derechos humanos como el derecho a la vida, en contraposición a la concepción totalitaria y violenta de la política, implica también definir la política como un medio civilizado de enfrentamiento, y no como una lucha frontal por el poder, en que un sector arrasa con otro sector arrasado. En consecuencia, cuando queremos incorporar los derechos humanos como un fundamento de la política, estamos diciendo algo más que una frase retórica. Estamos planteando lo que en mi concepto eso significa respecto del tipo de debate que queremos tener en Chile. Yo creo que ése es un tema central que tiene que ser analizado y planteado con mucha claridad.

Los derechos humanos van más allá de las tendencias ideológicas. En su defensa, los más diversos sectores han aprendido a cooperar y han evitado que éstos sean el monopolio de una sola tendencia. Creo que nadie puede estar en desacuerdo con esto. Ocorre que la reivindicación de los derechos humanos constituye un cuestionamiento al proyecto autoritario en su conjunto, pero también, diría yo, constituye un cuestionamiento a cualquier intento de construir una sociedad sobre la base de la exclusión y dominación permanente de determinados sectores. Y si ha habido sectores excluidos en estos diez años, son los sectores populares. En consecuencia, cuando se reivindica el tema de los derechos humanos, se está reivindicando también la necesidad —si somos consecuentes— de, junto con respetarlos, permitir mecanismos para la incorporación de todos los sectores sociales. Es por esto que los derechos humanos y la lucha por su perfeccionamiento tienen que continuarse mucho más allá del autoritarismo y de la dictadura. En último término, es la lucha por la creación de una democracia transformadora y participativa, porque la defensa de los derechos humanos llevada a sus últimas consecuencias, implica una democratización de toda forma de poder. En consecuencia, los derechos del hombre trascienden la mera expresión de un no a la tortura, no al terror y no al exilio.

LA TRANSICION: PREFIGURACION DE LA DEMOCRACIA

Esta reconstrucción democrática se va a iniciar al interior del impulso democrático dado por la transición.

Visualizo la transición no como un interregno entre dictadura y democracia, sino más bien como el momento crucial de la transformación democrática. Lo que no seamos capaces de hacer durante la transición, durante ese momento cuando se desploma la dictadura, difícilmente lo podremos introducir después, salvo a través de un largo y lento proceso de maduración. Y en conse-

cuencia, la transición para nosotros adquiere una importancia vital, porque ella va a marcar el destino posterior de la sociedad chilena durante largos años.

Es por esto, entonces, que para nosotros la transición implica no sólo dismantelar el aparato represivo del Estado; no sólo transformar este aparato del Estado y hacerlo conforme a los derechos humanos que visualizamos. Transición también significa modificar las bases de la estructura económica, de los grupos y bancos que en estos diez años se han constituido en el país. No creo que sea posible iniciar la transición si este tema no se aborda frontalmente.

Porque no me parece consecuente que si por una parte planteamos derogar el artículo 24 transitorio, decir no a la tortura, no al plan laboral y rechazar un conjunto de elementos heredados de la dictadura; estemos simultáneamente aceptando la herencia que ésta deja respecto de una estructura económica ajena a lo que ha sido el desarrollo histórico de este país. En consecuencia, la transición tiene una connotación política de construcción de la institucionalidad, pero también tiene una connotación económica respecto de la estructura que se hereda.

Nos parece, por lo tanto, que cuando la Alianza dice que frente a la transición y durante ella tiene que haber una Asamblea Constituyente, debíamos pensar en la posibilidad de agregar algo más.

Es posible tener, durante la transición y en tanto esta Asamblea genera la nueva institucionalidad, algún Consejo, algún ente que preserve los derechos de los chilenos durante esa transición: el derecho a opinar, el derecho a tener acceso a los medios de comunicación. Porque se puede hacer una declaración lírica sobre el derecho a opinar, pero, en el Chile que recibiremos, ¿quiénes van a poder hacerlo? ¿Quiénes tienen hoy la prensa?

Entonces, si este tema tiene ese grado de importancia, es necesario preguntarse cómo establecer un mecanismo

durante la transición que realmente permita que todos podamos decir nuestra verdad. Y lo planteamos los socialistas porque tenemos viva conciencia de esos desequilibrios. La transición tiene que reconocerlos e incorporar estas demandas.

En esta institucionalidad que surja hay un tema al cual quiero dedicar algunos minutos: Las Fuerzas Armadas.

Quiero destacar un elemento que me parece central: Las Fuerzas Armadas tienen el monopolio de la fuerza. Perogrullo lo dice. Pero ese monopolio de la fuerza es dado por la sociedad. La sociedad las forma y les da recursos. Esto quiere decir que es indispensable que las Fuerzas Armadas dependan de la sociedad civil en todas las decisiones que implican el uso de la fuerza. Me parece que éste es un tema central. La utilización de la fuerza que la sociedad otorga a las Fuerzas Armadas sólo puede ser decidida por la sociedad misma.

En consecuencia, la supuesta institucionalidad que hoy se dice que nos rige, no puede prolongarse más allá del período que rija el gobierno militar. No puede existir un superpoder que, porque tiene la fuerza, esté por sobre la sociedad civil. Una cosa es que las Fuerzas Armadas se integren con la sociedad civil y otra cosa es que la sociedad civil debe tener sobre las grandes decisiones militares —particularmente cuando se usa la fuerza— un claro e incontestable poder de decisión. Y esto nos parece que tiene que ser lo central, lo esencial. Si esto no es así y acepta cualquier tipo de tutelaje por parte de las Fuerzas Armadas, creo que no habremos aprendido nada de estos diez años.

La sociedad civil, luego de este gran fracaso, tiene que tener la fortaleza para hacer que las Fuerzas Armadas reconozcan que el monopolio de la fuerza que la sociedad les confiere, implica el monopolio de la sociedad civil para decidir sobre el uso de la fuerza.

Además de estas bases institucionales, está el gran tema de la economía.

¿Qué vamos a reconstruir? Todo este aparataje institucional se va a desplomar si no tiene una base material de sustentación. El respeto a los derechos humanos, el respeto a la democracia participativa, esas Fuerzas Armadas que hemos definido, no son suficientes si la sociedad chilena no es capaz de dar acceso a los bienes materiales.

Cuando se plantea reconstruir la economía, yo diría que se plantea hacerlo en torno a tres principios fundamentales: primero, reconstruir para tener una economía al servicio de la mayoría nacional; segundo, reconstruir para tener una economía cuyas grandes decisiones y las más centrales se hagan mediante la participación democrática de todos, especialmente en lo que se refiere a los grandes flujos de inversión; y tercero, reconstruir una economía diversificada e integrada de acuerdo con lo que hoy son las necesidades de las grandes mayorías. Y la sociedad chilena, a diferencia de otras; y la economía chilena, a diferencia de otras, sí lo puede hacer. No es el caso entrar aquí en detalles, pero diversos estudios indican que si establecemos una línea de pobreza definida como el ingreso indispensable para tener acceso mínimo a los bienes y servicios esenciales desde el punto de vista de la nutrición, con un 4% del producto que se desvía a esos sectores es suficiente. (En días pasados se le dio un 5% del producto a los bancos). Esas son las prioridades cuando decimos una economía al servicio de la mayoría.

Sobre la base de estos principios, y al igual que con la institucionalidad, tenemos que revisar lo que recibimos, toda la legislación sobre riquezas básicas. Creo que Chile tiene el derecho a decir: No fuimos consultados, y, por lo tanto, no lo reconocemos.

En segundo lugar, tenemos que revisar todo lo que se refiere a la deuda externa. En este aspecto, por unos convenios en Nueva York, nos transformaron la deuda privada en pública. Ahora, los 11 mil millones de dólares que fueron a cinco grupos, los pagan todos los chilenos.

El ministro de Hacienda está emplazado a que diga qué firmó y lo muestre al país. Está emplazado a que diga si es efectivo que la República de Chile, no el Banco Central, no el Banco del Estado, no la Caja de Amortización, no la CORFO, no señor, ¡La República de Chile!, toda, con cordillera, mar, ríos y montañas, está dada como aval a la deuda privada transformada en pública. Y el ministro de Hacienda está emplazado a que diga si es efectivo que es causal de incumplimiento cualquier hecho o condición que —a juicio de la mayoría de los bancos extranjeros— ponga en peligro el cumplimiento del pago de esa deuda.

Esa entrega de la soberanía chilena —lo dije tiempo atrás y no ha sido desmentido— no tiene parangón en la historia de Chile. Esta noche le mando el recado nuevamente al ministro: que diga qué firmó, porque si mañana quiere que la paguemos todos, lo menos que podemos pedir es saber lo que él firmó. Y con toda responsabilidad digo que se va a pagar lo que parezca justo pagar. En tanto Chile no sepa lo que se ha firmado, la sociedad chilena no está obligada al pago de aquello.

El tercer punto que tenemos que revisar son los derechos de propiedad. Todo lo acaecido en este último tiempo, si no fuera trágico, serviría para escribir un sainete. Porque este sistema, cuya base y esencia es la propiedad privada, se ha transformado en un sistema en que no sabemos de quién son las principales empresas y bancos de Chile, porque hay un señor Ibáñez que maneja un gran imperio —del ex-Cruzat o de Cruzat, no lo sabemos— con fondos públicos. Que dichas empresas estén dadas en garantía a los bancos; que los bancos estén adeudados con el Estado... y entonces me pregunto: ¿Quién es el dueño? Y el sacrosanto derecho de propiedad, ¿dónde quedó?

Habrà que revisar esos derechos de propiedad. Tenemos que saber quiénes son los dueños de eso que se está manejando sin sujeción a nada, por personas que son nombradas quizá con qué

legalidad, y que implica una clarísima contradicción con todo lo que se habló en estos diez años.

Y, en consecuencia, también vamos a revisar qué uso se hace, entre otros, de este último regalo de 120 mil millones (el 5% del producto) que el Banco Central le consolida a la banca privada.

Estos tres elementos son, a mi juicio, componentes de la transición en lo económico.

LA RECONSTRUCCION ECONOMICA

A partir de los principios que hemos enunciado y luego de haber revisado esto que es lo mínimo a revisar, habrá que iniciar la reconstrucción. En ella el elemento central obviamente será el empleo, porque no puede existir una sociedad con un 35% de los suyos que no tienen una ocupación digna. Y crear empleo quiere decir reactivar; reactivar quiere decir poner en marcha lo que teníamos.

Pero si sólo reactivamos, estaremos reactivando para llegar a la misma sociedad que teníamos, con las diferencias de ingreso que teníamos y con las desigualdades que teníamos. Y en consecuencia, cuando planteamos reactivación, estamos planteando reactivación en un contexto de modificación sustancial de lo que estamos recibiendo.

Esta reactivación —y no es el caso entrar en detalles— tiene que tener ciertos motores centrales, y la base de ella tienen que ser aquellos sectores que producen los bienes y servicios esenciales para esa población que hoy no come, que hoy no se nutre, que hoy no tiene techo y cuyas demandas, decimos, tenemos que satisfacer en primer lugar. Y eso pasa por modificar radicalmente la estructura productiva.

Habrà que entrar de allí al tema de la industria y los grados de apertura. Habrà que entrar al tema de la agricultura y qué significa ésta respecto de la producción de alimentos; qué significa respecto de la seguridad alimentaria de este país, cuando hace un año atrás la mitad del trigo debió ser importado; qué

significa la agricultura respecto de las necesidades esenciales, de los cambios producidos en el agro. Habrà que partir de una economía que está destruida en lo industrial y destruida en lo agrícola. Creo que tanta destrucción quizá pueda tener como elemento positivo el poder replantear las bases sobre las cuales queremos iniciar este proceso de reconstrucción en la industria y la agricultura como elementos centrales.

Entonces tendremos que explorar también cuál va a ser el rol del Estado. En este punto quiero indicar dos cosas centrales: *socialismo no es igual a estatismo*. Socialismo, sí, es igual a un estado grande, controlado por una participación democrática de todos. Y en este sentido y ante tanta destrucción, cualquiera sean las consecuencias y los proyectos que se impongan en el Chile del mañana, el rol del Estado tiene que ser central. Unos vamos a querer atribuirle un rol mayor que otros, pero cualquiera sea la ideología del gobierno, el rol del Estado va a ser esencial.

Si ello es así, entonces el tema es central, dado que el Estado lo va a cruzar todo. El Estado va a cruzar la industria, el Estado va a cruzar la agricultura, el Estado va a decidir el uso del excedente de la minería y de las riquezas básicas, el Estado va a ser el único ente capaz de restablecer los flujos crediticios del exterior. Nunca más será posible que un capitalista privado vaya a conseguir plata al exterior, simplemente porque la situación internacional ya no lo permite.

En consecuencia, el Estado tendrá un rol preponderante en el sistema económico. Si en estos diez años, con todo el flujo financiero externo, el sector privado no fue capaz de llegar a los niveles de inversión históricos de Chile, en el futuro el Estado va a tener que hacer el resto de la inversión, cualquiera sea el sistema que se elija.

En nuestra concepción, hay un conjunto de áreas que son áreas del Estado. El sistema financiero debe ser del Estado. Algunos se escandalizan, pero en 1945 De Gaulle estatizó el 75% del sistema financiero y ahora Mitterrand sólo

el 25% que quedaba. Y que yo sepa, la sociedad francesa no se ha modificado radicalmente, ni es una tiranía. Acostumbrémonos a debatir los temas con un cierto grado de madurez.

A mi juicio, más que debatir sobre este rol del Estado, que para unos será mayor y para otros será menor, es más importante que el debate se centre sobre cuáles son los controles de la sociedad civil sobre el Estado y que no confundamos Estado con gobierno, porque Estado es la expresión de una sociedad jurídicamente organizada y va más allá del poder ejecutivo del gobierno. En consecuencia, cuando los socialistas decimos que creemos en un rol central para el Estado, no estamos hablando de un estatismo burocratizado por algunos jerarcas iluminados en la Oficina de Planificación, diseñando las grandes líneas.

Lo que estamos planteando es que hay determinadas directrices centrales en la economía donde nos parece que el Estado, como representante de esa sociedad, lo hace mejor que el sector privado. Lo importante, una vez más, es debatir qué tipo de controles establecer sobre ese Estado. Aquí me parece que hay un campo muy importante que debiéramos ser capaces de dilucidar. Ello es también más importante que debatir si el Estado puede ser buen empresario. Después de lo acaecido en estos diez años sabemos muy bien quiénes son malos empresarios.

Otro aspecto a considerar es que este proceso de reconstrucción económica lo haremos a partir de una crisis profunda, dentro de Chile, como resultado de la destrucción y, fuera de Chile, como resultado de la crisis en que se debate el sistema internacional.

Aunque no es el momento de entrar en ello, creo que al menos debiéramos tener claro que la crisis internacional está distorsionada por el problema coyuntural del petróleo, del alza de precios. La crisis internacional que ya se venía gestando hacia finales de la década del 60 y comienzos del 70, quedó oculta por la OPEP y los petrodólares.

Pero venía de antes en cuanto a cierta incapacidad de mantener ritmos de productividad crecientes de las economías capitalistas.

Y en consecuencia, si esto es así, la reconstrucción económica que hagamos tiene que plantear con mucha claridad cómo se inserta Chile dentro de este cuadro internacional que va a ser de crisis por largo tiempo. Aquí hay un tema extraordinariamente importante que debe ser debatido y enfrentado con distintas voces. Y del mismo modo, tiene que debatirse el tema de la propiedad y de la cuestión económica.

Quiero, finalmente, señalar un par de temas más. Uno se refiere al más largo plazo. La construcción de un sistema democrático con ciertas bases materiales al servicio de la mayoría, no se sustenta a sí mismo si la sociedad no es capaz de establecer en el largo plazo mecanismos de creatividad en el campo de la inteligencia, de la ciencia, del desarrollo de la cultura y del desarrollo del arte. En ese sentido, no es retórica decir que *para que una sociedad tenga viabilidad nacional, tiene que tener una cierta capacidad para desarrollar ciencia y tecnología.*

Es absurdo suponer, como se ha hecho en estos diez años, que basta con importar el último computador para creer que estamos en la frontera del conocimiento. Creo que eso solamente es propio de bárbaros de Chicago, que no tienen una conciencia clara de lo que es cultura y creación científica y que han demostrado, en una aplicación mecánica de cuatro ideas de texto y diagramas de pizarrón, una absoluta ignorancia científica, empezando por la falta de humildad que han tenido. Porque si algo caracteriza a la ciencia es un cierto grado de humildad para aproximarse a los problemas.

En el caso de Chile, la ciencia y la tecnología, dada las características de nuestro país, han estado íntimamente ligadas a una institución: La Universidad.

A diferencia de los países avanzados, en todos nuestros países, el grueso de la ciencia y la tecnología se desarrolla

en la Universidad. Por tanto, el tema de la Universidad no es sólo un tema respecto de la formación de jóvenes y nuevas generaciones; es un tema mucho más central: cómo se desarrolla desde allí una política Científica y Tecnológica. Y cuando el Estado entrega a la Universidad gran parte de esta responsabilidad, es porque ve en ella el enclave natural donde debe desarrollarse.

En ese sentido, me parece que es falsa la dicotomía que se establece entre el desarrollo de ciencias básicas y de ciencia aplicada. Es falso decir que los países pobres sólo podemos desarrollar ciencia aplicada. Cualquier científico sabe que si no hay ciertos lineamientos mínimos de ciencia básica, no hay desarrollo de ciencia aplicada.

En ciencia básica tenemos determinadas áreas que aún subsisten; y tanto en el campo de la ciencia aplicada como en el campo tecnológico, son precisamente los objetivos materiales en lo económico los que tienen que indicar cuáles son los lineamientos centrales. Existe todo un campo tecnológico sobre las propiedades nutritivas de los alimentos; sobre su mayor o menor grado de calorías que son centrales para desarrollar.

Pero eso sólo se puede hacer con una política global estatal que permite unir el campo de las bases materiales sobre lo económico, al plano del desarrollo científico y tecnológico para un país. Y en este sentido, estos diez años han significado la destrucción de gran parte de lo que Chile había avanzado.

De ahí entonces la necesidad de establecer un espacio adecuado para la creación científica que nos lleva necesariamente al campo de la Universidad, campo respecto del cual difícilmente vamos a poder establecer un Chile distinto si no es restableciendo el camino que ésta tuvo.

El tema de la cultura y también el de la creación artística pasan a tener un carácter muy distinto si se restablece la democracia. El tránsito de esta cultura vigilada y oprimida hacia la cultura que se desarrolla en una creatividad democrática cotidiana no es fácil, porque la

cultura y la vida cotidiana que hemos tenido son básicamente de opresión.

Cuando planteamos la posibilidad de democratizar la cultura, hablamos de desarrollar valores que pueden ser aprehendidos y profundizados por la gran mayoría y no solamente por algunos pocos. Y en consecuencia, los desafíos que plantea el tránsito de uno a otro tipo de cultura son extraordinariamente difíciles y complejos y me parece que allí la responsabilidad de la "inteligencia" —si me permiten la expresión— es central porque esa cultura no puede ser impuesta por "el" partido o el grupo en el poder.

UNA CONCEPCIÓN SOCIALISTA RENOVADA

Eugenio González escribía hace ya casi 30 años sobre el Estado o la democracia, la economía, la ciencia y la técnica, desde el punto de vista de la concepción del socialismo: "La técnica, la economía y la política, de simples medios han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo, y ésa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural, tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles conjuntamente la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual. Podría decirse que el socialismo es una respuesta positiva al desafío de las fuerzas disgregantes del mundo actual".

Creo que lo que Eugenio González quería decir era que cuando planteamos una cierta concepción de la democracia, una determinada visión de la economía y una determinada forma de aprehender la ciencia, la cultura y la creatividad, estamos dando cuenta de fenómenos que son viejos pero que se les quiere aprehender con una óptica nueva.

En ese sentido, lo acaecido en estos diez años ha implicado también un grado de renovación de muchos conceptos.

Me parece, por ejemplo, que en el campo de la política del Estado y la democracia, hemos aprendido que el partido no lo es todo, que *han surgido autonomías de determinados movimientos de jóvenes, de mujeres y sindicales, al margen de las posiciones ideológicas y de la adhesión a partidos de cada uno de sus miembros*. Esto nos enseña que existen campos o ámbitos de la vida en sociedad respecto de los cuales es positivo el grado de autonomía que se le reconozca como un elemento democratizador de la sociedad.

Si ello es así, quiere decir que cuando estamos planteando aumentar los grados de participación en esos ámbitos del movimiento social, estamos profundizando una determinada concepción del socialismo, *en tanto lo estamos definiendo como un sistema que garantiza la participación de todos en el manejo de la sociedad*.

Esta nueva y renovada óptica de cómo el socialismo quiere aprehender los grandes temas, no tiene por objeto sino alcanzar lo que en último término es el ideal socialista: *el fin de la injusticia*.

Son viejos temas, y queremos conversarlos con todos, aun con aquellos que no piensan en el socialismo como el ideal en que nosotros creemos. Pero queremos abordar e iniciar el debate con una cierta humildad; creyendo en nuestra verdad, pero aceptando que tenemos que confrontarla a muchas otras,

Ese yo creo, tiene que ser el sentido último del proceso de reconstrucción que queremos iniciar para Chile.

Deliberadamente no he tocado algunos temas que parecen mucho más contingentes, temas que están en la percepción de cada uno de nosotros: ¿Cómo vamos a reconstruir si todavía aquel general está allí? Sin embargo, yo quiero creer que el avance que ha habido en el 83 va a continuar en el 84. Quiero creer que lo importante es, junto con iniciar la lucha cotidiana por cambiar esto que hoy tenemos, iniciar también la lucha cotidiana más difícil, para lograr conversar entre nosotros, con nuestras ópticas, nuestras visiones, pero entendiendo que ellas tienen un propósito final común.

En mi caso, debo decirles, que creo en el socialismo en la forma definida por Eugenio González; creo que el suyo fue un buen ejemplo de socialismo. Ni siquiera estoy seguro de que en mi propio partido todos lo entiendan así, pero creo que, así como ello se debate al interior del partido, tiene que debatirse al interior de la sociedad, y, en ese sentido, creo que el inicio de este debate social va a ser un desmentido, *porque diez años de autoritarismo no habrán destruido la esencia del ser humano: la capacidad de conversar y dirimir civilizadamente los conflictos*.

Muchas gracias.

